
CAPITULO XXIII.

LOS MÁRTIRES.

El Emperador ha impedido la sublevacion. Pero no puede impedir que haya la idea relampagueada á los ojos del pueblo. No puede impedir que esta idea relampagueante haya tenido sus sectarios. No puede impedir que estos sectarios hayan grabado un dia de sublevacion militar en las páginas de la historia rusa. No puede impedir que este dia de sublevacion traiga otro dia de castigo. No puede impedir que este castigo engendre mártires. No puede impedir que el nombre de estos mártires sea repetido por las nuevas generaciones y ensalzado en el seno de los calabozos como rayo de la luz que penetra, y vivifica al través de los espesos muros y de las altas rejas. Nada de esto puede impedir la autocracia; y todo ello crea nuevas almas libres.

El movimiento de 1825 no es un movimiento inútil ó estéril. De entonces data ese impulso hácia las ideas modernas que sienten las varias generaciones rusas. De entonces data ese profundo sentimiento liberal

y republicano que se arraiga en sus Universidades. De entonces data esa creencia de que es posible modificar la realidad con el pensamiento. Abortó la sublevacion, pero su propio aborto sirvió para atraer las almas grandes con la fecunda virtud del heroismo y del martirio. Y cuando se mira el vasto imperio, encerrado en el despotismo, se vé que una legion de pensadores, á través de todos los obstáculos opuestos por la censura, por la autocracia extendida sobre el pensamiento, reivindica la libertad; y que otra legion de mártires, en los helados caminos de Siberia, en las minas de los montes ourales, enseña la áspera y saludable religion del deber.

¿Y quiénes fueron los jefes de esta sublevacion, es decir, los verdaderos fundadores del partido republicano en Rusia? Hombres de gran talento, conocedores del pueblo en que trabajaban, comenzaron por buscar un nombre aristocrático, prestigioso. Y encontraron el nombre del príncipe Troubetzkoï.

Era este el jefe de una familia nobilísima, la cual, á la manera de los Medinacelis en España, pretendia tener más derecho que la dinastía reinante al trono de Rusia. Guiado el príncipe por esta tradicion, bien puede asegurarse que no tuvo en las horas supremas del levantamiento el valor á la altura de la ambicion. Pero un largo martirio le rehabilita de esta falta. La vida, que le dejaron, valia ménos que la muerte de sus compañeros en la horca. Proscrito á las minas de los montes ourales, bajó grados de frio insufribles para la naturaleza humana, y entre los duros tratamientos de los presidios, su destierro es trágica tumba, destierro lleno en cada minuto de indecibles sufrimientos. Hay á su lado un verdadero ángel custodio, cuyos dolores serán recogidos por la historia, su mujer. Durante su permanencia en la córte, los dos esposos, unidos por esas razones de Estado que tambien imperan allá en las aristocracias, se miraban con verdadera indiferencia mútuamente. Pero en cuanto la adversidad llega, siente la heroica princesa una intensa pasion, inspirada por el sentimiento del dolor, y sostenida por la idea del deber. Bella, tierna, jóven; nacida entre los refinamientos del lujo; criada en esos palacios moscovitas donde á las comodidades parisienses júntanse esplendores orientales; ni su sexo, ni su educacion la detienen; y en el carro primitivo del campesino ruso, en la *talega*, por caminos muchas veces no hollados, entregada á todas las furias de los elementos, á todos los peligros del desierto, corre dias y dias, noches y noches, centenares de leguas, yerta unas veces, hambrienta otras, siempre dolorida, para compartir en el fondo de las minas, bajo eterna noche, el jergon de un galeote. Allí vive con él, allí le sostiene, allí le da cinco hijos. Y cuando tras quince años de dolores materiales y morales horribles, una familia, engendrada en la desesperacion, nacida con la marca de las cadenas, se ha formado, todavía sus males se agravan en virtud

de una ley, que la envia á formar en el desierto una colonia penitenciaria. La madre, que no se asustó del tormento, se asusta de la soledad y pide que la dejen aproximarse con su marido á una poblacion donde pueda tener escuela en que eduque á sus hijos. ¡Los hijos de un galeote! jamás, dice el tirano. Y aquella madre, aquella esposa, que hubiera partido con su dolor las piedras, y las hubiera ablandado con el espectáculo de su sacrificio, no ablanda el férreo corazon del Czar, cuando le pide humildemente, con santa prevision maternal, que á lo ménos la deje vivir cerca de un boticario, para procurar medicina á sus hijos si están los infelices enfermos. Y el Emperador contesta al noble que le presenta esta sencilla peticion: ¿Cómo os atreveréis á hablarme de esa familia de rebeldes? Así el corazon humano se endurece en las alturas del trono.

Pero los verdaderos jefes de esta sublevacion militar, vienen á ser el gran pensador Pestel y el gran poeta Ryleyef, ámbos militares. El primero, Pestel, educado en la escuela de pages, coronel en el regimiento Viatka, á la hora de la tremenda revuelta; inteligencia clarísima, corazon esforzado, carácter íntegro y entero; de una expansion, así en ideas como en sentimientos, que atraía y arastraba á las muchedumbres; de una fuerza de voluntad que transformaba y modelaba á imágen de su espíritu los hechos, dominados por la dulzura misma de su encantadora humildad y por el poder de su génio extraordinario; apóstol como todos los talentos luminosos y organizador como todas las voluntades fecundas; estudiando la pátria historia, encontró que la autocracia, el despotismo, eran de origen mongol; y la burocracia, la centralizacion, de origen germánico; que los mongoles dominaron doscientos años, los bárbaros ciento, los alemanes siglo y medio á Rusia; y que entre todas estas irrupciones, entre todas estas conquistas, no hicieron más que deslustrar y oscurecer las ideas

eslavas; los derechos inspirados por la originalidad de la naturaleza, la familia patriarcal y primitiva; la comunidad con sus bienes sagrados; proponiendo para destruir todo lo extranjero y restaurar todo lo nacional, á manera del eslavismo literario, que la raza se dirigiese por poderes de eleccion, celados en parlamentos de sufragio universal, y responsables ante los pueblos, que debian enlazarse en amplia y republicana federacion. Pestel tenia de la revolucion social, un sentimiento digno de los Gracos; y de la pátria, una idea digna de Camilo; y por la república, un culto digno de Wasingthon; y en la guerra y en la milicia, aptitudes verdaderamente napoleónicas. El génio le habia sido dado en potencia por la naturaleza; y no quiso el medio de su desarrollo, la atmósfera bajo cuyo frio brotara, que este génio se desarrollase en la viviente realidad. Ese es uno de los males mayor del despotismo: las ideas que apaga, los caracteres que mata, las voluntades que esteriliza, las generaciones de almas que arroja mudas y sombrías á la eternidad.

Pestel habia escrito un código republicano, que los jueces de su causa ridiculizaban, y que sin embargo contenia el ideal de las generaciones presentes, y la sociedad de las generaciones por venir. Su causa, como la causa de sus cómplices, fué comenzada, vista, seguida por un tribunal, bajo la inspeccion del mismo Emperador. Este dirigia preguntas á los acusados como un espía; los trataba como un fiscal; y luego los entregaba ya perdidos, condenados á sus irrisorios jueces. Y digo irrisorios, porque dióse el caso de que condenaran á un oficial á cierta pena, y el Emperador, de su propio puño y letra, la corrigiera y la elevara á pena superior. Pestel fué condenado á muerte, y murió como saben morir los valientes. Al saber su sentencia, solo pidió ser fusilado, en vez de ser ahorcado. El Emperador negó esta gracia. Al salir hácia el patíbulo, solo encargó que se salvara y se conservara su código político. Y el ver-

dugo cogió al escritor, le ató las manos á la espalda, le ciñó una cuerda escurridiza á la garganta, apretó el nudo fatal, y lanzó como un péndulo aquel cuerpo en los aires, destruyendo un cerebro, del cual se escapaba á las alturas la invisible llamarada del génio. ¡Cuántas ideas se desvanecieron, y cuántas obras se destrozaron sobre las tablas de aquel espantoso cadalso!

Si Pestel fué la idea de aquel movimiento, Ryleyef fué la imaginacion, la fantasía. Creóle poeta el cielo, y dióle todos los presentes de la poesia. Aun hoy, recita la juventud rusa con emocion, versos inéditos, no impresos, no publicados, que las memorias conservan como en depósito, y que los labios repiten como la oracion de esta nuestra edad. No se equivocaba, no, el poeta, sobre la suerte reservada á su génio por el destino implacable. «Moriré por la tierra que me vió nacer, decia; lo siento, lo conozco, y no solo acepto, sino que bendigo mi destino.» Empleado en la carrera militar y en la carrera judicial, jamás quiso tocar con sus manos purísimas la soldada del despotismo. Redactor de un almanaque literario, señalaba ya en sus páginas que la justicia es la estrella polar del humano espíritu. En sus acciones solo se encontraban estos móviles: el amor á su ideal, el amor á la humanidad, el amor á la pátria, siempre el amor desinteresado á todo lo sublime. Incapaz de odiar, amante del bien puro, sin ninguna baja pasion, queria ir al bien por el camino del bien, sin verter sobre la tierra sedienta de bien, ni una lágrima, ni una gota de sangre. La palabra de Demóstenes, le parecia más eficaz contra la tiranía que el puñal de Bruto. Imaginacion ferviente, purísima, enamorada de lo infinito, al abrir sus alas, debia troncharlas contra los hierros del despotismo. En el mundo solo amaba la salud de la pátria. Y para curar la pátria, sus primeras ideas fueron monárquico-constitucionales, ideas convertidas más tarde, merced al influjo de Pestel, en republicanas federales. Tal fué

la ley de su vida, y el consuelo de su muerte. En sombría mañana de Enero, bajo un cielo cubierto de plumizas nubes, sobre una tierra llena de nieve, subían varios condenados á muerte, vestidos de sayal, encubierto el rostro en largos capuchones, atadas las manos á la espalda, por las escaleras de un cadalso. A su cabeza estaba Conrado Ryleyef, y sus compañeros eran Murawieff, Rumime y otros. El verdugo les ata la soga al cuello y los lanza con violencia al espacio. Las sogas se rompen, y los condenados caen ilesos en el suelo. Desgraciada patria, dijo Ryleyef levantándose, desgraciada patria, donde no se sabe ni siquiera ahorcar á un hombre. Bien pronto le demostró el verdugo que se sabia ahorcar, y ahorcar perfectamente, bajo el imperio de los déspotas.

El despotismo podía creer que, al ahorcar aquellos hombres, habia tambien ahorcado una idea. Sus cuerpos yertos, sus voces extintas, la luz de sus ojos apagada, inspiraban la creencia al soberbio de que muere un principio cuando la sangre ha hecho estallar el cerebro que lo encubriera y la muerte acallar los lábios que lo propagaran. Mas la idea se trasmite por conductos misteriosos de generacion en generacion, de gente en gente, de siglo en siglo. Levantais en su contra la censura y la desvanece; o poneis fronteras celadas por esbirros á su paso de nacion á nacion, y las salva; la extirpais por el hierro, por el fuego, y queda como el eterno patrimonio del género humano en el fondo de su inextinguible conciencia, hasta que concluye por arrastrar á sus perseguidores y por modificar y trasformar las mismas leyes destinadas á su exterminio.

Los progresos que el derecho social ha conseguido en Rusia, débense principalmente á estos héroes, á estos mártires del pensamiento. Sin su apostolado, sin su muerte, la

idea dormitaria aun tristemente en la conciencia; y el siervo, como las plantas, estaria aun arraigado en el miserable terruño. Si nueva vida ha latido en aquellas heladas comarcas; si un movimiento social ha impulsado los pobres campesinos, máquinas de trabajo, al derecho, á la libertad, sin duda débese á todas estas voces que han roto sus mordazas, á todos estos holocaustos que han santificado nuestra causa y han redimido á los siervos. Jamás la esclavitud antigua se acabara si los estóicos no predicaban la unidad fundamental del género humano, y á su vez los pobres nazarenos no completan este principio con la unidad de Dios. Pues jamás la servidumbre rusa hubiera concluido sin esta legion sagrada de poetas, de filósofos, de publicistas; que acertaron á desafiar las iras del poder en el destierro, en la horca; y á penetrar con la luz del pensamiento, en ese infierno donde la sangre se hiela, en el infierno de una educacion pervertida, de un espíritu nacional constantemente yerto bajo las sombras del error. Cuando el siervo se sienta dueño de su conciencia y de su vida; cuando se vea libre de la justicia señorial que lo oprimia y lo vejaba; cuando pueda abrazar á sus hijos sin temor al látigo que cruzaba su rostro, y al destierro en Siberia que continuamente se cernia sobre su existencia, ignorará que la idea acariciada por los mártires desconocidos de la libertad, predicada por los apóstoles oscuros de la democracia, cuyo nombre ha borrado hasta de la memoria pública una censura implacable, esa idea castigada como un crimen, ha ascendido, sávia misteriosa, del cadalso de los criminales al trono de los Emperadores, y desde allí ha bajado por su propia virtud, por su propia fuerza, convertida en reformas sociales, como lluvia vivificante, sobre la gleba feudal, y como maná de nueva vida sobre los ganados de siervos.

CAPITULO XXIV.

LA EMANCIPACION DE LOS SIERVOS.

Indudablemente desde la muerte de Nicolás, ha progresado la sociedad rusa y ha progresado con sentido democrático. Y este progreso principalmente se debe á que la propaganda misteriosa y subterránea no ha cesado un momento. Cuando no ha podido hablar en Moscow, en Petersburgo, ha hablado en Londres, en Ginebra, y el golpe de la prensa háse oido desde el seno de los palacios hasta el seno de las cabañas, en toda la silenciosa Rusia. Ya por los años de 1848 pudo convenirse Nicolás de que progresaba la idea caída de los cadalsos de 1826. La revolucion francesa, que él saludó con alborozo por destructora de una monarquía constitucional, llevó calor, electricidad á su imperio. En 1849 descubrióse vasta conjuracion republicana, alimentada por una de esas sociedades secretas que brotan oscuramente en las sombras. Consejeros honorarios, oficiales de la guardia, estudiantes de la universidad, hidalgos y hasta gentiles hombres la componian. Veintiuno fueron condenados á muerte.

A.

En Rusia la pena capital está abolida por una disposicion de la emperatriz Isabel. Y como el despotismo es tan hábil y tiene tantos recursos, no pueden imponerla los tribunales ordinarios, pero pueden imponerla los consejos de guerra, sobre todo á los reos de alta traicion. Los conjurados fueron perseguidos, presos, condenados á muerte, puestos en capilla, sacados al lugar del suplicio, asistidos por los sacerdotes; sus ojos vendados, abiertos sus pechos á las balas, forzadas sus rodillas á hincarse en tierra, y al punto de sonar la palabra «fuego,» cuando ya habian devorado todos los horrores de la agonía, esperando como inmediato descanso la muerte, léese el perdón concedido por un capricho de su tirano, vengativo hasta en la compasion, cruel hasta en la misericordia.

Pero la muerte hirió al tirano Nicolás, y un nuevo reinado se inauguró en la persona de su hijo el emperador Alejandro. Nicolás era un déspota á la manera asiática. En el terror se encerraba todo el númen de su fu-